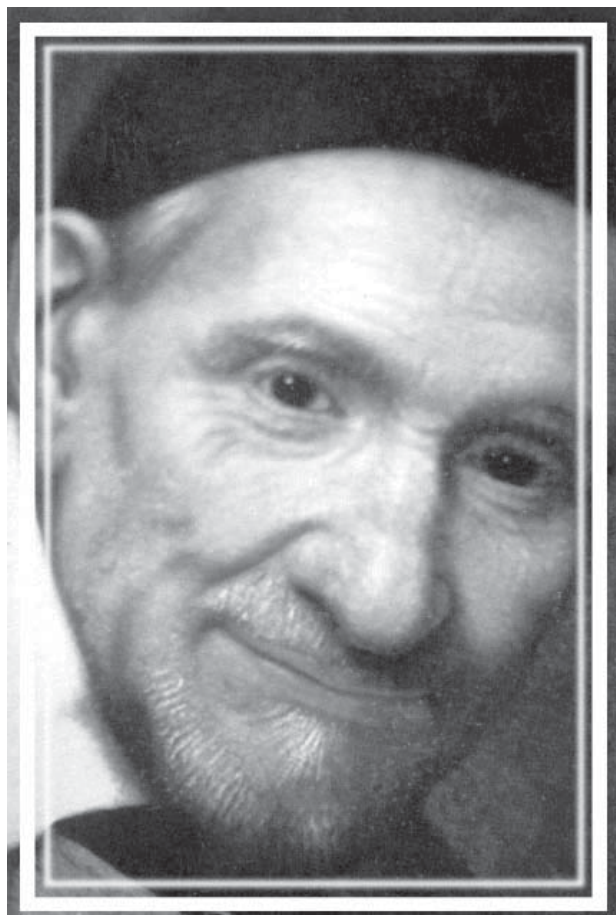


San Vicente de Paúl

(1580-1660), héroe de la caridad

por fray Frank DUMOIS, O.F.M.*



ENTRE LOS HÉROES DE LA CARIDAD CRISTIANA, San Vicente de Paúl figura entre los más grandes.

Nace en 1580 en un pueblecito cerca de Dax, en el suroeste de Francia. Durante su vida, Francia estaba en guerras civiles y extranjeras. La influencia de falsos maestros se había hecho sentir. Calvino había enseñado que Dios había creado a algunos hombres para ser condenados y a otros para ser salvados, puesto que es imposible evitar el mal. En Francia sus seguidores fueron llamados *hugonotes*. La guerra entre católicos y hugonotes era un olvido del Evangelio. Ambos grupos cometieron crueldades, consecuencia del fanatismo religioso.

El rey francés apoyaba a los católicos. Sus enemigos políticos se hicieron hugonotes. No les interesaba la religión de Calvino, sino oponerse al monarca.

Durante la vida de San Vicente, Francia estaba en una situación terrible. La mayor parte de los dirigentes no tenían principios y la falsa religión de los hugonotes se extendía por doquier.

El Espíritu Santo ha guiado siempre a la Iglesia católica. En ese período (siglos XVI y XVII) actuaban en Francia, San Francisco de Sales y Santa Juana Francisca de Chantal; en Italia, Santa Ángela de Merici, San Carlos Borromeo, San Felipe Neri, San Roberto Belarmino y San Camilo de Lellis; en España, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, San Pedro de Alcántara, San Francisco de Borja, Santo Tomás de Villanueva, San Juan de Dios, etcétera.

Vicente era el tercer hijo de Juan de Paúl, un campesino pobre. Vicente llevaba a pastar el ganado, las ovejas, las vacas, los cerdos. Diariamente salía descalzo y con escasas provisiones.

Su padre le informaba de las luchas entre católicos y hugonotes, y de las desigualdades e injusticias sociales. Su madre encontraba la paz del alma en la oración. Ella enseñó a su hijo la Salve.

El padre de Vicente deseaba que su hijo fuera sacerdote para mejorar la situación de la familia. A los 14 años fue enviado al colegio de los Franciscanos de Dax. Allí tomó gusto a los estudios, deseó abandonar la vida rural y sintió vergüenza de sus orígenes y de su mismo padre. Nada haría sospechar que sería un gran santo.

Después de cuatro años de estudios en Dax, marcha a la gran ciudad de Toulouse, donde va a la Universidad. Su padre muere en 1598, mientras el futuro santo tenía 17 años. Ha recibido ya la tonsura y las órdenes menores. En 1600 fue ordenado de sacerdote. Al principio de su sacerdocio, lo dice él mismo, lo único que le interesaba era hacer una brillante carrera. Pero Dios tenía sus caminos para cambiarlo. Tres sufrimientos le hicieron cambiar de orientación:

1) El cautiverio: En el mar, yendo de Marsella a Narbona cayó en manos de unos piratas turcos, que lo llevaron como esclavo a Túnez. Allí estuvo del 1605 al 1607 con grandes sufrimientos.

2) Logró escapar y llegar a Francia. Un amigo lo recibió en su casa, pero a éste se le perdieron 400 monedas de

plata y culpó a Vicente ante todos los que encontraba. El Santo callaba y respondía: “Dios sabe que yo no fui el que robó ese dinero”. A los seis meses apareció el verdadero ladrón. Al narrar esto a sus discípulos el Santo decía: “Es muy provechoso tener paciencia y saber callar y dejar a Dios que tome nuestra defensa”.

3) Una terrible tentación contra la fe, que aceptó para lograr que Dios librara de esa tentación a un amigo suyo.

A los 30 años escribe a su madre contándole que piensa retirarse a una ermita el resto de su vida. Consagra entonces su vida enteramente a la caridad con los pobres. En adelante, éstos ocuparán el centro de su vida. Escoge como director espiritual al padre Pedro de Berulle, santo y sabio sacerdote que llegaría a cardenal. Hace largos ejercicios espirituales e inicia su apostolado no sin antes recibir luces para conocerse: “Me di cuenta de que yo tenía un temperamento bilioso y amargo y me convencí de que con un modo de ser áspero y duro se hace más mal que bien en el trabajo de las almas, y entonces me propuse pedir a Dios que me cambiara mi modo agrio de comportarme, en un modo amable y bondadoso y me propuse trabajar día tras día por transformar mi carácter áspero en un modo de ser agradable”. Y siendo dócil a la gracia de Cristo, lo consiguió.

Años después, el gran orador sagrado y obispo Bossuet exclamaría: “Oh Dios mío, si el padre Vicente de Paúl es tan amable. ¿Cómo lo serás Tú?”

Los escritos del dulce obispo de Ginebra, San Francisco de Sales, también de naturaleza violenta como él, le hicieron mucho bien y contribuyeron a darle la humildad y mansedumbre de corazón.

Vicente hizo amistad con el ministro de la marina de Francia, que lo nombró capellán de los marineros y de los galeotes, prisioneros por delitos cometidos. Allí conoció la horrible vida de aquellos hombres, obligados a mover pesados remos, azotados por crueles capataces, con hambre, sed y hediondez. El santo obtuvo del ministro, el señor Gondí, de una de las familias más poderosas de Francia, que los galeotes fueran tratados más bondadosamente; y hasta un día se puso a remar para remplazar a un galeote rendido de cansancio. Se fue ganando la simpatía de aquellos infelices.

El ministro Gondí nombró al santo capellán de sus grandes haciendas. Allí pudo comprobar la ignorancia religiosa total de los campesinos. Los pocos que se confesaban lo hacían mal, callando los pecados y nadie los instruía.

Entonces con varios amigos sacerdotes predicó misiones por los pueblos con notable éxito. Dios le inspiró fundar la Congregación de la Misión (C.M.) en 1623; conocidos hoy como paúles o vicentinos en otros países. Su labor era instruir y ayudar a los más necesitados. Hoy son cerca de 4 mil en más de 540 casas.

Su preocupación por los pobres lo llevaba en todas partes a crear grupos de caridad. Pronto se percató de que unas religiosas le serían muy útiles para las obras de caridad. La providencia divina hizo que encontrara una mujer de cualidades extraordinarias, Santa Luisa de Marillac. Así surgieron en 1632 las Hijas de la Caridad, que son la comunidad femenina más numerosa del mundo, son cerca de 26 mil. A lo largo de los siglos las hermanas han ayudado a millones de necesitados, niños abandonados, huérfanos, pobres, enfermos, heridos, refugiados, presidiarios, etcétera. A Cuba llegaron en 1847. Hay que notar que dada la mentalidad de la curia romana no se concebían activas, sólo de clausura. Así que el Santo las organizó como una asociación piadosa. ¡Ay del que hable de hacerlas religiosas! Pues equivaldría a imponerles la clausura.

Para recaudar dinero para sus obras reunía a los señores más adinerados de París y los convencía de ayudar a quienes estaban en la miseria. La Reina (que se confesaba con él) le dijo un día: “No me queda más dinero para darle” y Vicente le respondió: “¿Y esas joyas que lleva en los dedos, en el cuello y en las orejas?” y ella se las regaló para los pobres.

Vicente fundó varios hospitales y asilos para huérfanos y ayudaba a los que habían quedado sin nada por la guerra. Parece inverosímil la gigantesca obra limosnara a tantas personas y en distintos lugares.

El Santo se percató también de que el decaimiento de la religión en Francia se debía principalmente a la pobre formación del clero. Decía que el mayor regalo para un pueblo era un sacerdote santo. Empezó, pues, a convocar a los sacerdotes para darles conferencias los martes sobre los deberes sacerdotales. También organizó seminarios para los futuros sacerdotes.

El Santo vestía muy pobremente y cuando lo alababan decía: “Yo soy un pobre pastorcito de ovejas, que dejó el campo para venir a la ciudad, pero sigo siendo un campesino simplón y ordinario” y también: “Estamos convencidos de que en todo y para todo somos un desecho y de los más despreciables, a causa de la oposición que ofrecemos por nuestra parte a la santidad y perfección de Dios”. Sólo los humildes se expresan así.

Su salud se iba deteriorando; lo que no impedía que inventara y dirigiera numerosas obras de caridad. Su talento apostólico le hacía decir: “No es suficiente que yo ame a Dios. Es necesario hacer que mis prójimos también lo amen”.

El 27 de septiembre de 1660, con 80 años, entregó su alma al Creador para recibir la corona de gloria que Dios da a los que dedican su vida a hacer el bien a los demás. El papa Clemente XII lo canonizó en 1737 y el papa León XIII lo proclamó Patrono de todas las asociaciones católicas de caridad. Ω

** Sacerdote franciscano. Ejerce su ministerio en la arquidiócesis de La Habana.*